

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 473

25 CTS.



**VIVA EL
AMOR!**

POR
Anny Ondra

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año IX

BARCELONA

N.º 473

¡Viva el amor!

Asunto optimista, interpretado por

Anny Ondra



Selecciones Capitolio

de

S. HUGUET

Provenza, 290

Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
JOAN GARRICK



¡Viva el amor!

Argumento de la película

Hay ligas femeninas (¡un encanto!), masculinas y mixtas. De éstas es la que vamos a presentar... aunque ustedes no vean la liga de momento.

Tratábase de una asociación para el fomento de las publicaciones morales y la dirigía el respetable y barbudo profesor Timoteo Schmoll. La entidad estaba constituida por individuos de ambos sexos, gente que se horrorizaba de todo.

Aquel día en su acostumbrada reunión decía don Timoteo:

—Hay que enviar a nuestros asociados el índice de las obras prohibidas... ¡Y a ver si no se repiten las confusiones! El mes anterior en vez de “Soledad de la noche”, obra blanca, se recomendó “La noche de Soledad”, verde subido.

Luego del redactado el juicio que merecían las últimas publicaciones a la respetable entidad, uno de los socios mostró una revista frívola y leyó:

GRAN CONCURSO FOTOGRAFICO

La idea de dar a nuestra Revista el máximo relieve artístico nos ha sugerido la creación de tres premios para los más bellos y sugestivos retratos de mujer.

Primer premio, 20.000 marcos.

Segundo, id., 5.000 marcos.

Tercer id., 1.000 marcos.

Las fotografías representarán figuras lo menos vestidas posibles.

Revista Internacional.

—¡Es escandaloso! — dijo el presidente—. Pasado mañana comenzaré un viaje de propaganda de nuestras ideas morales. ¡Hagamos sentir cómo aprieta la liga!

Y la sesión se levantó en medio del mayor entusiasmo, dispuestos todos a luchar contra la ola de inmoralidad que invade el siglo.

El profesor Timoteo Schmoll regresó a su casa, un hogar todo recato, austeridad, virtud y gracia... del cielo.

La esposa de Timoteo, doña Modesta, era tímida y sencilla... Anny, la única hija, tenía unos veinte años y aun se creía venida al mundo debajo de una col. Y la madre, encantada de tanta inocencia, dejó siempre a Anny en el error de su origen botánico.

Para Oscar, pariente recogido en casa, mu-

chacho de aspecto ingenuo a primera vista, Anny era una prima... porque su padre era un tío.

Las veladas en tan recatado hogar eran deliciosamente... distraídas. Anny ridículamente vestía con un traje largo hasta los pies, tocaba el



Las veladas en tan recatado hogar...

piano y cantaba la canción de "Rosa mística"... Oscar, junto a ella, tocaba la flauta... Los padres oían complacidos aquel concierto melancólico.

Aquella noche, Oscar, soplando la flauta, apagó involuntariamente una de las velas del piano.

—¡Recuernos con la velita!—murmuró, encendiéndola de nuevo.

Don Timoteo había escuchado aquellas pala-

bras y avanzó hacia Oscar con una cajita en la mano.

—Es la quinta vez que juras esta semana, profanando mi hogar santificado—le dijo—. ¡Paga la multa, lenguaraz!

Oscar depositó en la caja una moneda.

—¡Y no digas nunca más malas palabras!... Sé obediente... No te echo en cara mi protección, pero recuerda que te recogí con el traje hecho unos zorros y las botas riéndose a carcajadas.

—Bien, tío... No me olvido.

Y prosiguió el concierto.

Don Timoteo sacó una carta del bolsillo y volvió a leerla. La había recibido el día anterior y se la sabía de memoria. Decía:

Mi querido amigo:

Mi hijo Jesús, vuelto de su viaje al extranjero, llegará a esa mañana por la noche. Reconocido a tu interés por buscarle alojamiento cerca de tu vigilancia, confío en que seguirás defendiéndole contra los peligros que en esas grandes ciudades acechan a la juventud.

Tu antiguo y leal compañero,

Edgardo Krell.

—Tal vez haya llegado ya—dijo a la esposa—. Por su educación religiosa y moral, Jesús Krell sería el marido soñado para nuestra Anny. Vivirá en la pensión contigua y así podremos verle a menudo.

Un reloj sonó nueve campanadas.

—¡Las nueve!—dijo don Timoteo levantán-

dose—. Es la primera vez que trasnochamos así. ¡A la cama en seguida!

Cesó la música... Entró un viejo sirviente trayendo una bandeja con varias manzanas. Cada uno tomó un ejemplar.

—Sigamos una de las máximas morales verificadas por mí—dijo el profesor:

Si la plegaria para el alma es sana...

también lo es para el cuerpo la manzana.

Anny y Oscar dieron las buenas noches recibiendo la bendición de don Timoteo y su esposa. Poco después todo en la casa reposaba en silencio claustral.

* * *

Cierto que Jesús Krell había sido educado en los buenos principios; pero los postres (dos años de viaje) le fueron más sabrosos.

Llegó aquella noche a la honrada pensión que le habían destinado, y la patrona le guió al cuarto que debía ocupar el guapo mozo.

—El profesor Timoteo Schmoll ha atendido a que tenga usted una instalación confortable, pero honesta—le dijo.

—Ya... ya...—contestó el joven, sonriente.

Y al ver la estatua de un Venus cubierta por un velo, arrancó éste y preguntó por qué la habían tapado.

—Temía el profesor que sonrojara a usted la desnudez de esa figura.

—¿A mí? ¡Por Dios, señora!

Marchó la patrona y el joven lanzó un largo suspiro de melancolía, preguntándose qué iba a

ser de su vida confiado a las amistades venerables de papá. Estaba ávido de diversiones y quería aprovechar bien su juventud.

Acercóse a la ventana que estaba cubierta por una cortina... Alzando los brazos al cielo, murmuró:

—¡Dios mío, protégeme contra ese profesor que debe ser un Torquemada!

Don Timoteo vió desde su cuarto la silueta del joven perfilándose tras el cortinaje de la ventana vecina.

Llamó a su mujer y le dijo:

—Jesús Krell ha llegado ya. Desde aquí puedes verle.

Observaron los dos y como vieses que el joven alzaba los brazos al cielo, creyeron que estaba orando.

—¡Con qué fervor reza!—comentó don Timoteo—. Es un modelo de educación cristiana.

—¡El ideal para nuestra hija!

—¡Sí... sí!... Mira, voy a dar cierto libro a nuestra Anny. Creo que le va a convenir pronto.

Cogió un viejo volumen titulado "Cosas oídas y vividas". Una guía para las doncellas en edad de matrimoniarse... Año 1870", y fué al cuarto de su hija.

—Graba en tu cabeza las enseñanzas de este libro—le dijo—que ya guió por el buen camino a tu abuelo paterno.

Salió don Timoteo, y la muchacha se dispuso a devorar las páginas de aquel volumen que le iba a descubrir los secretos y las emociones del amor.

Mientras tanto, Jesús Krell consideró que la mejor manera de alegrar el ánimo era salir de casa e irse a algún cabaret. Para asuntos de negocios iba a pasar larga temporada en la capital y no estaba dispuesto a que transcurriese su vida en un ambiente de monótona tristeza. Y sin ser visto por la dueña de la pensión salió a dar una vuelta por el Berlín nocturno.

Oscar, el sobrino de don Timoteo, era un verdadero hipócrita. En casa mostrábase como un místico, como un candidato al seminario. Pero por la noche cuando todo dormía en casa, Oscar salía cautelosamente y se encaminaba a un cabaret donde alegraba las amarguras de su vida diurna.

Aquella noche, Oscar se vistió su elegante traje de frac y salió del cuarto. Tuvo que volver rápidamente, pues había visto la figura de don Timoteo que efectuaba una ronda nocturna.

Vestido metióse en cama y tapóse cuidadosamente.

Entró don Timoteo que había oído ruidos sospechosos.

—¿Qué te pasa?—le dijo.

—Estoy tiritiritando... tiritando de frío... tío.

—Tendrás que dedicarte al acordeón... ¡Está visto que no te sienta bien tocar la flauta!

—Pues si con el aire de la flauta me constipo, con el del acordeón voy a coger una pulmonía doble...—suspiró.

—Dame una mano para que te tome el pulso, a ver si tienes fiebre.

Oscar sacó con grandes precauciones la ma-

no para que no le viesen la manga del frac.

—El pulso es normal. Lo que te conviene es dormir.

Salió el tío... Oscar se levantó de nuevo y pudo por fin salir a la calle gracias a una doble llave que le servía a las mil maravillas.

Y entretanto Anny, en su cuarto, leía cada vez con mayor curiosidad el famoso libro.

Uno de los capítulos que más le llamó la atención fué el titulado "El Lenguaje de las Flores". Decía así:

Se emplea este lenguaje cuando una doncella recatada desea comunicar algo al joven elegido y el rubor no le permite expresar de palabra sus sentimientos.

Significados:

La rosa: Yo te amo.

El narciso: Espero tu declaración.

El cacto: ¡Habla con mamá!

Y así venían diferentes acepciones de aquel lenguaje florido.

Otro capítulo era el siguiente:

Del tener vergüenza, del sonrojo que esto causa... y de cómo una doncella debe conducirse.

Cuando una joven se encuentra en presencia de un joven por primera vez, es absolutamente preciso que enrojezca.

Y sin sentir sueño alguno continuó enterándose de todas aquellos conocimientos indispensables a una muchacha en estado de merecer.

* * *

Oscar se dirigió al cabaret "Casanova", nuevo e importante establecimiento de la vida galante.

Había ido muchas noches. A su paso, la gente murmuraba:

—Ese es el marqués de Colombo, descendiente de aquel Cristóbal Colón que inventó las americanas y el equilibrio de los huevos duros.

—Es el marqués de Cavalcandos.

—Es el marqués de Kurdistán, nuestro mejor cliente—decía un "maître".

En realidad Oscar era sólo un artículo de propaganda. El director del cabaret le había contratado para que fuese allí todas las noches bajo el título de marqués de Kurdistán. De esta manera daba prestancia al cabaret y la gente frecuentaba un lugar donde había nobles de tal alcurnia.

Oscar iba bastante escaso de dinero y aceptó encantado aquel contrato.

Pero cuando aquella noche ocupó uno de los palcos, se le acercó el propietario y le dijo:

—Nuestro local está ya lanzado y no lo necesito más. Todos los pollos de relumbrón que nos hacían propaganda quedaron despedidos.

Puso en sus manos un billete. Oscar se lamentó de su cesantía y aunque quiso cenar a costa del dueño del cabaret, éste se negó a ello. Y sólo le trajeron una botella de champanilla.

La danzarina "Flor de Tilo" que se hon-

raba con la amistad del marqués de ocasión, se acercó a él.

—¿Qué te pasa con esa cara de funeral?—le dijo.

—He perdido la posición y el título. Desde mañana tendré que pagar.

—¡Pobre Oscar!

La bailarina fué a la pista a desgranar el tesoro de sus danzas, y Oscar prosiguió sólo y melancólico la velada.

Jesús Krell, después de haber recorrido varios cabarets, entró en el "Casanova".

Todas las mesas estaban ocupadas, pero el dueño acompañó a Jesús hasta el lugar donde estaba Oscar y dijo a éste:

—El marqués de Kurdistán es muy amable y le aceptará en su mesa.

Se saludaron y los dos hombres comenzaron una conversación trivial. Oscar preguntó a su interlocutor qué le sucedía, pues le veía melancólico...

—No puedo estar alegre—contestó Jesús—. Mañana me presentarán a mi futura esposa... y me temo que sea un espantajo.

—¡Mal negocio!

—Mi padre quiere que me case con ella... y no sé cómo sortear el peligro.

—Un hombre tan simpático como usted no debe casarse. Nada más aburrido que el mismo plato todos los días.

A media noche, salieron los dos vecinos de mesa y ya en la calle se despidieron como dos afectuosos amigos.

Jesús, que no había dado su nombre, decidió marchar a su casa y Oscar quiso antes de retirarse, dar unas vueltas por la ciudad, tan llena de encantos nocturnos...



—*Mi padre quiere que me case con ella...*

* * *

Al día siguiente, Jesús Krell se dirigió a hacer una visita de cumplido a la familia de don Timoteo.

Saludó al matrimonio, reconoció luego asombrado al falso marqués de Kurdistán, convertido ahora en un muchacho de familia, modesto y recatado, y casi cayó de espaldas al ver la ridícula figura de Anny.

Oscar le hizo una rápida seña para que no dijese una palabra sobre el encuentro nocturno. Y Jesús le contestó con un signo de inteligencia. Sabía a qué atenerse. El muchacho realizaba como él, escapatorias nocturnas.

Todos se deshicieron en elogios y cumplidos para Jesús. Anny, a quien sus padres le habían indicado que aquel muchacho era el destinado para ser su marido, procuró enrojecer, tal como había leído en el libro, pero no le fué posible.

Se sentaron todos a una mesa para tomar unos bizcochos con vino. Anny tomó un vasito de leche. No estaba bien que una muchacha gustase el alcohol.

Jesús, comprendiendo que era preciso hacerse el inocentón en aquella casa, tuvo una conversación de lo más blanca y cándida posible, lo que agradó infinitamente a los miembros de aquella severa familia.

Mientras hablaba, Jesús cogió distraídamente una margarita del ramo de flores que había sobre la mesa, la olió y la dejó luego a poca distancia suya, muy cerca de Anny.

Esta, que sabía de memoria el lenguaje de las flores, recordó que la margarita significaba: "Soy tan tímido..." e inmediatamente, cogió una orquídea, la flor que quería decir: "Vamos, atrevase", y la colocó al lado de la margarita.

Jesús, sin fijarse, se apoderó de esta última flor y la acarició suavemente. No tuvo la inocente Anny la menor duda de que el joven había comprendido...

Después Anny fué al piano y lanzó al aire una canción que decía:

*Ve mi anhelo, santo cielo,
te lo pido con fervor...
Un hermoso y virtuoso
doncel me llena de amor.*

Jesús, que en su vida había oído cantar tan mal, dijo al oído de Oscar:

—Si lo del doncel va por mí, no me preocupo... Las voces de las tontas no llegan al cielo.

Después de un rato de escuchar canciones, Jesús, que llevaba una pequeña amapola en la mano, acercóse al piano y felicitó a Anny luego de dejar la flor sobre la tapa.

Anny recordó que aquella clase de flor quería decir: "Antes de la madrugada estaré a tu lado", y se estremeció de alegría, pues el apuesto doncel había cautivado su corazón.

—Lamento tener que retirarme—dijo Jesús—. He recibido aquí las más gratas impresiones musicales de mi vida.

Le acompañaron todos hasta el recibidor, y cuando Jesús hubo desaparecido, Anny se puso a bailar ante sus padres, loca de contento.

—Todo va como una seda, hijita. Ahora sólo falta una buena fotografía para tu prometido.

—Tienes razón, mamá... Voy ahora mismo a casa del fotógrafo de la esquina.

Y corrió a vestirse con ridícula elegancia para que la hicieran un hermoso retrato.

El fotógrafo Manuel Klick tenía fama por sus "artísticas" creaciones.

Aquella tarde estaba discutiendo con una dama a quien había retratado, vestida de ángel, con destino a un cartel de propaganda.

—¡Este ángel tiene cara de policía de tráfico! Necesito figuras con semblante angelical para los clientes de mi papelería. Le enviaré mi hija para modelo—gritó la señora.

Marchó la enfurecida dama, y el fotógrafo Klick atendió a diversos clientes a quienes retrató en las formas más extravagantes.

Más tarde llegó Anny, quien, con dulce voz, dijo:

—Me envía mamá para que me hagan ustedes un retrato.

Creyó Klick que se trataba de la hija de la respetable comerciante.

—¡Ah! ya sé... De ángel, ¿eh? Saldrá usted encantadora.

—Mamá me ha dicho...

—No me explique nada, señorita... Usted es el ángel... Póngase ese traje, ya elegido por su mamá.

Y a pesar de las tímidas protestas de Anny, tuvo ésta que pasar a un saloncito, vestirse de ángel con unas enormes alas en la espalda y una diadema de oro en la cabeza.

Y así, como si volase, Anny, que ya tenía cara de angelito, fué retratada para la posteridad.

No le pareció a la pobre muchacha una pose adecuada para el novio, pero ya que mamá lo

había ordenado, ella no discutía sus órdenes.

Y volvió a su casa. Cenó con buen apetito y retiróse pronto a su cuarto. Abrió la ventana y recordó la amapola dada por Jesús: "Antes de la madrugada estaré a tu lado" ¿Vendría el galán? ¿Podrían departir junto a la ventana, a la luz de la luna?

Pero como las horas pasasen y nadie viniese, acabó por meterse en cama y soñar en el amado ideal.

Oscar, como de costumbre, había marchado al cabaret "Casanova" donde encontró a Jesús Krell, y los dos se divirtieron de lo lindo.

Hablaron de Anny y el primo sólo tuvo alabanzas para ella... Y tanto ponderó Oscar los méritos de Anny, que Jesús Krell pensó salir del "Casanova" derecho para casarse; pero los dos salieron torcidos.

Estaban medio embriagados. El champán había hecho sus efectos y apenas se sostenían en pie.

A duras penas llegaron ante la casa de Anny, junto a la cual vivía, como ya sabemos, Jesús Krell.

—Salta la verja, entra por esa ventana... y en casita—le dijo Oscar, señalándole la ventana de la antigua pensión.

—Bien... bien... hasta mañana, querido.

Oscar entró sigilosamente en su casa, y Jesús, que había bebido aún más que su camarada, se desorientó y, en vez de saltar a la ventana de la pensión, entró por la ventana abierta del cuarto de Anny.

Soñoliento, fatigado, sin comprender su error, se dejó caer en la cama y quedó al poco rato profundamente dormido.

Anny no se dió cuenta de aquella compañía. Y siguió durmiendo, sin pensar en quién tenía a su lado.

Como de costumbre, después de la noche vino el sol.

La inocente Anny despertó y ahogó un grito de sorpresa al ver junto a ella a Jesús.

Emocionada, sin adivinar el compromiso que podía significar la estancia allí de aquel joven, le miró tiernamente enamorada.

Estuvo largo rato atisbándole. El muchacho abrió los ojos y vió a aquella mujer. Creyó estar soñando.

Entretanto, don Timoteo y su esposa se disponían a marchar de viaje.

—Estaremos ausentes un mes—dijo el profesor al criado—. Vamos a despedirnos de Anny.

Entraron en la habitación de la muchacha y lanzaron un grito de espanto al ver a su hija... en compañía del presunto novio.

Jesús se desveló al fin y dióse cuenta de lo que ocurría. Vió junto a él a Anny, en camisa, y a don Timoteo y a su mujer.

—¿Qué hace usted en este cuarto?—rugió don Timoteo.

—Lo ignoro. No sé... El primo me dijo que entrando por la ventana, me hallaría en mi habitación... No comprendo...

—¡Basta! Si es usted caballero, como hijo de

su papá, comprenderá su deber de casarse con Anny.

—¿Yo? ¿Casarme? Bien... pero... luego... luego...

Y, sin comprender aún lo que realmente ocu-



... vió a aquella mujer...

rría, volvió a saltar por la ventana.

La madre hizo dar detalles a Anny de lo que había ocurrido, mientras don Timoteo se dirigía a la habitación de Oscar, donde éste dormitaba vestido de frac.

—Eres un pillastre...—le gritó—. Yo te dije que comprometieras a Jesús a casarse con Anny, pero no que lo acostases en su cama...

—¿En su cama? Yo no aconsejé a nadie semejante locura.

—¡Mal hombre, hipócrita! ¿Así pagas lo que hice por ti? Yo no echo en cara mis favores... pero acuérdate de tus botas...

—¡Tío!

—¡No te excuses! Has pasado del límite de lo tolerable... No quiero hallarte en casa a mi vuelta.

Don Timoteo marchó poco después con su mujer para emprender el viaje de propaganda moral. Esperaba a la vuelta casar a Jesús Krell con Anny.

Oscar salió al jardín vecino, encontrando a Jesús Krell, que se había sentado en un banco y meditaba tristemente.

Anny, desde su ventana, vió a los dos hombres y se dispuso a escucharles.

—¿Crees que un hombre que esté en sus cabales puede casarse con tu prima? —dijo Jesús.

—Te diré...

—Yo quiero una mujer moderna, alegre, viva... no un fósil prehistórico.

—Dices verdad.

—Esa Anny es grotesca por su educación y por su tipo. Tiene la esbeltez de líneas de un fardo.

Anny, al verse tan duramente tratada, se echó rabiosa a llorar.

Y cuando, poco después, Oscar, que acababa de acompañar a Jesús a la pensión, entró en el

comedor de la casa, se encontró con Anny, que le decía con voz iracunda:

—Ya sé que parezco un fardo, que soy una cosa grotesca...

—Pero, ¿cómo sabes...?—preguntó, sorprendido.

—¡Y sois vosotros los que habéis hecho de mí un esperpento, idiotas!

En vano intentó él calmarla. Anny lloraba, lloraba desesperadamente, al ver rotas sus ilusiones de amor.

Y Oscar, ante aquel doloroso llanto, tomó una gran resolución. Haría de Anny una mujer nueva.

Fué a su cuarto y volvió con una colección de libros y revistas.

—Repasa todo eso. ¡Voy a deshacer en unas horas lo que tu padre ha hecho en muchos años!

—¿Leer eso?

—¡Y no pierdas tiempo!

Y Anny pasó aquel día leyendo a los autores modernos, conociendo nuevas teorías de educación que contrastaban con las doctrinas de sesenta años antes. Vió, además, figurines, revistas de modas que presentaron ante ella trajes maravillosos que hasta entonces no había conocido. Y Anny presumió que era de esta manera, modernizándose, como podría alcanzar el amor de Jesús Krell.

Oscar, dispuesto a volver del revés a su prima, hizo ir a su casa, al día siguiente, a la bailarina "Flor de Tilo".

—Aquí tienes una profesora que completará tu nueva educación—dijo.

—¡Mi método es fácil, Anny!—dijo la bailarina—. No hacer nada de lo que han enseñado a usted a hacer y hacer todo lo que le han prohibido.

—¡Sí, sí!...—dijo Anny, que, enamorada de veras, estaba dispuesta a poner todos los medios para que nunca más la tacharan de ridícula—. Dispuesta estoy a modernizarme.

—Aquí tienes vestidos a la última moda... y aquí artículos de tocador—le indicó Oscar, señalándole una cajita pequeña y una gran caja, respectivamente.

"Flor de Tilo" atavió a la muchacha. Por fin cayeron aquellas prendas anticuadas, para ser substituidas por elegantes modas de París. Luego, la profesora, le enseñó a pintarse los ojos, los labios, hasta transformarla en una maravillosa belleza.

—¡Magnífico, magnífico!—le dijo—. Y ahora va usted a aprender el baile a cuyo ritmo se mueve hoy el mundo.

Y comenzó a darle lecciones del más movido "charleston", que Anny, con grandes facultades, aprendió seguidamente.

* * *

Pocos días después, Anny parecía recortada de una revista frívola.

Pero aun faltaba el retrato para Jesús, pues el retratito de ángel había resultado un desastre.

Con Oscar y "Flor de Tilo" se dirigió a casa del fotógrafo Klich.

Por consejo de Oscar, se retrató con la menor ropa posible, cual una sirena ideal.

Klich manifestó que dentro de un par de días estaría lista la "foto". Cuando marcharon los clientes, el retratista y su ayudante se apresuraron a revelar la fotografía, que salió maravillosamente bien.

Klich recordó entonces que la Revista Internacional realizaba un concurso de fotografías y tomó la decisión de enviar el retrato de Anny, sin que ésta lo supiera.

Días después, Anny, civilizada ya del todo, hacía su entrada en el ambiente mundano con motivo de un concurso de "cocktails".

Dirigióse con "Flor de Tilo" y Oscar al cabaret "Casanova", y comenzó a realizar con otras muchachas mezclas de complicados "cocktails".

¿Quién podría reconocer en aquella chica alocada, pintada, moderna, a la doncella cándida de unas semanas antes? ¡Ah, si don Timo... supiera!...

Jesús Krell había seguido frecuentando el cabaret. No había vuelto a casa de Anny, horrorizado ante la idea de que aquella espantosa criatura tuviera que ser su mujer.

Y aquella noche, junto con Oscar, comentaba la alegría de que daba muestras aquella creadora de "cocktails", a quien no reconoció ni por asomo.

—¡Qué deliciosas mezclas hace esta criatura!

—dijo, apurando una copa—. Pero sus "cocktails" emborrachan menos que ella.

—Recuerda que estás comprometido... y piensa que no es para ti esa criatura, una millonaria yanqui que se divierte de incógnito.

—Así y todo, desearía que me la presentases. ¡Es tan bonita!

—Aguarda un rato—exclamó Oscar sonriente.

El jurado eligió "Reina del Cocktail" a la dama número cinco, es decir, a Anny. Las aclamaciones se sucedieron incesantes.

Anny, feliz y sonriente, despreocupada y alegre como si siempre hubiera vivido aquel ambiente de frivolidad, pasó ante la mesa donde estaban Oscar y Jesús y sonrió, contenta de que su plan se desarrollase con éxito.

—¡Perdón, miss!—dijo Oscar llamándola—. Este caballero desea ser presentado a usted.

Acercóse Anny y riendo dió a besar su mano a aquel hombre que semanas antes la había tratado groseramente.

Oscar desapareció y ella se sentó al lado de Jesús, que comenzó a piropearla entusiasmado.

No la podía reconocer y... se sentía locamente enamorado de aquella criatura pintada, de labios divinos, de ojos grandes y brillantes.

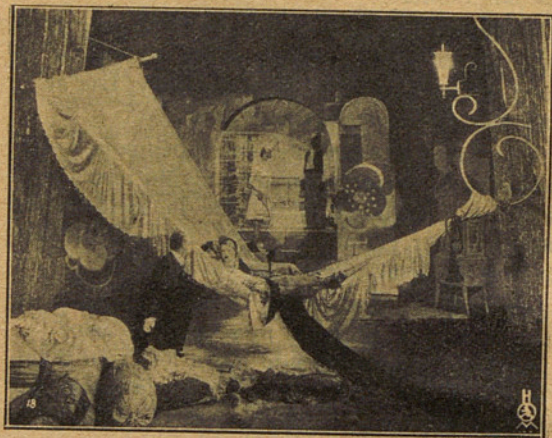
—No le conviene mi amistad, joven—le dijo ella, riendo—. ¡Yo soy para los hombres ruina y muerte!

Y explicó supuestas historias escalofriantes de su vida, recordando que muchos hombres se habían acercado a ella, diciéndole:

—Si usted sigue negándome su amor, me mataré...

Y que ella había contestado, dirigiéndose a uno de sus criados:

—Esclavo. Da un tóxico fulminante a este señor para que deje de sufrir.



—Si sigue usted negándome su amor...

Y que, una vez muerto el enamorado, ella decía con tranquilidad de diablesa:

—Esclavo, que pase el admirador siguiente.

—Ya ve usted si soy peligrosa. Cuantos se acercaron a mí, hallaron la muerte.

Y se reía de aquella sarta de mentiras que, sin embargo, no daban miedo a Jesús, que, de pronto, la besó en los labios.

Ella, indignada, le abofeteó y salió de allí, corriendo a reunirse con Oscar.

—¡Ese sinvergüenza me ha besado!

Llegóse a ellos Jesús, pero Anny le dijo:

—No me moleste con sus declaraciones. Sé que tiene usted novia... y una mujer de mi alcurnia no comparte con otra mi amor.

—¡Ahora mismo voy a romper con esa mema, para que no tenga usted rivales!

Y salió velozmente del cabaret.

—Si no llegamos a casa antes que él, se descubre todo este lío—dijo Anny a Oscar.

Y, subiendo a un automóvil, se hizo conducir rápidamente a su casa, llegando poco antes que Jesús.

Cambióse su elegante traje por la ropa burda de casa y esperó.

No tardó en aparecer Jesús Krell, quien, dispuesto a todo, dijo a Anny, que se presentó ante él con la mejilla izquierda cubierta por una venda, a causa de un imaginario flemón... ¿Cómo iba a reconocer él en esa triste a la bella de momentos antes?

—Vengo a decir a usted que, pensándolo mejor... veo que no nací para casado.

—Pero, señor...

—Primero me ahogo, tomo sublimado y me mato de un tiro que dejar de ser libre.

—¡Infame! Además de suicidarme, me moriré de vergüenza de pensar que ha dormido usted en mi lecho—dijo ella, simulando feroz indignación.

Marchó Jesús, dispuesto a no volver a poner los pies en aquella casa.

En el jardín cercano encontróse con Oscar, a quien dió cuenta de la ruptura de relaciones.

El primo no podía contener la risa; pero se puso serio cuando llegó a ellos un criado y les dijo:

—El señor profesor ha telefoneado que estará aquí dentro de unos minutos.

—¡Huyamos! Llega mi tío Timoteo, que es peor que el cólera.

Jesús corrió a meterse en la pensión, mientras Oscar se ocultaba detrás de un pequeño estanque que había en el jardín.

Timoteo y su esposa bajaron de un automóvil y descubrieron, oculto, a Oscar.

—No te escondas. Mira, mira...—dijo el profesor, desdoblando un cartel en que aparecía el retrato de Anny, muy ligerita de ropa, y que había ganado el primer premio en el concurso de la Revista Internacional—. Toda la ciudad está llena de carteles así... ¿Qué significa esto?

Oscar se puso verde... ¡Demonio con el retratista! ¿Por qué había mandado la fotografía al concurso? Pero disimuló con una sonrisa.

—¿Verdad que es asombroso el parecido con Anny?—dijo—. Sin embargo, se trata de la conocida...

—¿De qué conocida?

—“Flor de Tilo”, la célebre bailarina del cabaret “Casanova”.

Discutiendo, entraron en la casa, y Anny, modosa y triste, salió a su encuentro.

—¿Puede saberse quién es esta dama sin nociones de pudor?—le preguntó don Timoteo, indignado, mostrándole el cartel.

—Yo no sé... papá... yo no soy...—contestó sorprendida y mirando a Oscar.

—¡Bien! Mañana iré a ver a esa mujer que tiene el atrevimiento de parecerse a ti—rugió don Timoteo—. Encargue usted que me reserven un palco en el “Casanova”—dijo al criado.

Anny y Oscar se miraron, atemorizados. ¿Qué iba a pasar allí?

¡Maldito retratista! Estaban seguros de que se acercaban grandes acontecimientos.

* * *

A la noche siguiente, los dos primos marcharon al cabaret “Casanova”.

Anny dijo a la danzarina “Flor de Tilo”:

—Mi padre ha visto el famoso retrato y le hemos dicho que es usted. Va a venir hoy. Déjeme que la sustituya esta noche, sino, va a descubrirlo todo.

—Hablaré con el director. Estoy dispuesta a ayudarles en todo.

El dueño del cabaret accedió a que Anny bailase en el lugar de “Flor de Tilo”. Oscar se ofreció para hacer de pareja a la muchacha, y anuncióse al público el inesperado número de bailarines excéntricos, de “éxito mundial”.

Don Timoteo, sintiendo inmensa repugnancia por tener que pisar aquel lugar, ocupó un palco del cabaret y esperó la presentación de “Flor de Tilo”.

Antes de “Flor de Tilo” aparecieron seis pre-

ciosas girls, con trajes ligerísimos.

Don Timoteo, a pesar de su severidad, miró varias veces de reojo a aquellas preciosas muchachas... ¡Diablo con las chicas! ¡Qué traviesas! Y para quitar todo mal pensamiento, se bebió una copa de vino.

Mientras tanto, Jesús Krell, ignorante de todo ello, había ido a casa del profesor, encontrando únicamente a doña Modesta, que se retiraba ya a dormir, creyendo que Anny y Oscar reposaban tranquilamente en su cuarto.

—Señora, no puedo casarme con su hija... porque es de otra mi amor—dijo.

Y le mostró una revista en la que aparecía un retrato de Anny, como la ganadora del concurso de "cocktails".

—¡Jesús!—exclamó doña Modesta, horrorizada, creyendo que se trataba de "Flor de Tilo". —¿Va usted a manchar el nombre de su familia uniéndose a una artista de cabaret?

—¡Nada de artista! Es una millonaria neoyorquina de incógnito.

—¡Venga usted conmigo, y le demostraré su error! Ayer vi el retrato de esa mujer.

Y los dos marcharon también al cabaret "Casanova". A todo estaba dispuesta doña Modesta para arrancar a Jesús de los brazos de aquella perversa "Flor de Tilo".

Y allá en el cabaret, le tocó el turno de actuar a la pareja de excéntricos. Oscar vestía un traje de levita y se había desfigurado el rostro por medio de un bigote postizo, para que no le reconociese el tío.

Danzaron los dos jóvenes aquellos charlestones que "Flor de Tilo" había enseñado a Anny. Esta, provocativa, sonriente, miraba a todos los palcos y veía a su padre, que la contemplaba con profunda atención.

¡Sí que se parecía a su hija esa "Flor de Tilo"! ¡Parecía imposible!

La verdadera "Flor de Tilo" estaba dispuesta a burlarse un poco del severo profesor. Escribió unas líneas y se las hizo mandar a su palco. Don Timoteo leyó:

...Una Magdalena arrepentida solicita, urgentemente, un consejo para emprender una nueva senda por la vida.

Pasillo de la derecha, cuarto número 94.

Le escamó la cita a don Timoteo; pero comprendiendo que su obligación era velar por las arrepentidas, se dirigió al camarín indicado.

¡Y lo que vió! Ante él estaba una mujer vestida con la mínima expresión de ropa posible. Quiso cerrar los ojos, pero ella le obligó a sentarse a su lado, embriagándole con su intenso perfume.

—Soy una pobre pecadora—le dijo "Flor de Tilo"—. Sólo usted puede redimirme y encauzarme.

Y comenzó a contarle una serie de anécdotas galantes que ponían a don Timoteo rojo como la grana.

"Flor de Tilo", contenta del mal rato que había sufrido al profesor, le dió a beber una copa de vino, y esto acabó de excitar el ánimo de don Timoteo...

—Esa es la verdad acerca de mi vida... La verdad desnuda... como nuestra madre Eva... Y como yo...



—Esa es la verdad acerca de mi vida...

—¡Arrótese, hijita... que no quisiera sentirme Adán!

En aquel momento aparecieron doña Modesta y Oscar, que habían preguntado por la habitación de "Flor de Tilo" y les habían indicado aquel camarín.

Don Timoteo tembló al ver a su mujer y ésta le miró con un odio mortal.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy enseñando el camino del bien a esta muchacha.

—Sí, ¿eh? Pues, anda para casita, que tú ya sabes el camino, y sino, te lo enseñaré yo.

Don Timoteo, lentamente, salió de la estancia seguido de su mujer, de Jesús y de "Flor de Tilo", que se reía alegremente.

Doña Modesta temblaba de indignación. ¿Dónde estaba, pues, aquella mujer que se parecía a su hija?

Mientras tanto, Anny y Oscar estaban terminando la función de una manera excéntrica y grotesca, coronada por los aplausos del público.

Por entre bastidores, vieron don Timoteo y doña Modesta a aquella joven que tanto se parecía a su hija. Y su sorpresa fué indescriptible al ver que en uno de sus movimientos, se le cayó al bailarín el bigote, apareciendo entonces el propio rostro de Oscar.

Una terrible sospecha heló las venas del matrimonio... Tampoco Jesús salía de su asombro al ver a la millonaria yanqui actuando en escena.

Acabada la representación, don Timoteo, su mujer y Jesús corrieron hacia la pareja de baile. La madre comprendió al momento la farsa.

—¡Anny... te reconozco!—rugió doña Modesta—. ¡Y tú, Oscar! ¡Infames! ¿En qué sendero de perdición habéis caído?

—Pero... ¿esa es Mary?—dijo Jesús, espantado, sin dar crédito a la que oía.

—Calla... y no digas nada—le advirtió Anny al oído—. ¿No comprendes que soy Anny y que es por ti por quien yo he dirigido toda esta comedia?

—Anny... pero, ¿es posible? ¡Tú, tú, entonces!... ¡Cómo has cambiado, mi bien! ¡Qué hermosa estás!...

Y la besó delante de todos y luego dijo a doña Modesta, que apenas acertaba a hablar, poseída de feroz indignación:

—¿Sigue usted oponiéndose, señora, a que yo me case con la millonaria yanqui? ¡La amo y me ama! ¡Viva el amor!

—¡Desgraciada! ¡Ella, mi hija, mi santa hija, convertida en impúdica bailarina! ¡Qué horror!

—Mamá, hice todo eso por conquistar el amor de Jesús Krell... De otro modo, no lo hubiera alcanzado nunca.

—¡Desdichada!—dijo don Timoteo—. ¿Cómo llegaste a ese mundo de pecado? Y tú, Oscar, libertino, si tuvieses un átomo de pudor, desearías que te tragase la tierra.

Un tramoyista hizo actuar, involuntariamente, un resorte y Oscar desapareció del escenario por la escotilla.

Acababa de comprobarse que tenía un átomo de pudor.

Y por fin, al llegar a casa, don Timoteo y doña Modesta perdonaron la travesura de su hija... y unas semanas después, ella y Jesús se casaban, enamorados de verdad.

Por la noche salieron en viaje de bodas y Oscar les despidió con un grito fervoroso de: "¡Viva el amor!"... Y don Timoteo, de manera involuntaria, se acordó de "Flor de Tilo".

F I N

Ha sido revisada por la Censura

EB